

Iban como ganado,
Siguiendo al vencedor por valle ó sierra;
El brocado y arreo
Trocado en un cilicio negro y feo.

El bárbaro enemigo,
Con un crudo semblante,
Lleva puesta la espada á sus gargantas;
No reconoce amigo;
Los viejos van delante,
Atadas en prision las manos santas;
Y desnudas las plantas,
Llagadas con brojos,
Caminaban cautivos
Los que quedaron vivos,
Regando con las fuentes de sus ojos
El áspera carrera
Que guia á Babilonia y su ribera.

Mas, ya que se apartaban
De su ciudad sagrada
Para no poder mas tornar á vella,
Los llantos renovaban,
Viéndola despoblada,
Desnuda de su gloria antigua y bella;
Y vuelto el rostro á ella,
Levantados los ojos,
Suspense el sentimiento,
Robado el pensamiento,
Con el mortal dolor de sus enojos,
Ya que se despidian,
Con voz ronca y mortal así decian:

«Oh patria lagrimosa!
Oh templo sacrosanto,
Del espantoso Dios alta morada!
¿Qué's de la vitoriosa
Mano que pudo tanto,
Domando mil naciones á tu espada?
»Agora derrocada
Te vemos por el suelo,
Y tus soberbias puertas
En negro carbon vueltas;
Castigo del airado Dios del cielo.
»Oh madre Sion triste!
Cautivos van los hijos que pariste.

»Adios, monte de gloria,
Adios, templo sagrado,
Adios, Jerusalem, sola, desierta;
»Olvida la memoria
Del contento pasado,
Y ya de hoy mas al bien cierra la puerta;
»Y pues es cosa cierta
Que nuestros tristes ojos
No volverán á verte,
Adios, hasta la muerte;
Que el enemigo apaña los despojos,
»Y manda que partamos
A Babilonia, á do sin tí muramos.

»De léjos descubrimos
En un llano espacioso
A la gran Babilonia levantada;
»Sus altos muros vimos,
Y el alcázar costoso
Do yace Semíramis sepultada;
»De torres rodeada,
Que amenazan al cielo,
Y del Eufrates ceñida,

De quien es defendida,
Que con sus aguas riega el fértil suelo;
»Y vimos la ribera,
Cual la pinta la dulce primavera.

»Cansados del camino,
Sobre la alta corriente
Con un ansia mortal nos asentamos;
»Llorando el hado indino
De nuestro suelo y gente,
De tí, madre Sion, nos acordamos,
»Y al alto cielo alzamos
Los ojos á miralle;
Mas ¡ay! que al fin no era
Aquella la ribera,
Ni aquel el sol ni cielo, sierra ó valle,
»Ni aquel el claro día
Que en tí, Jerusalem, resplandecía.

»Las arpas y vihuela,
Los instrumentos santos
A tu gran majestad, Dios, consagrados;
»¿Quién hay que no se duela?
Pues que con nuestros llantos
Están del sentimiento destemplados,
»Y en los sauces colgados,
Oyendo nuestros pechos
Otra música, llena
De lágrimas y pena,
Con instrumentos de los ojos hechos,
»Y las voces que suenan,
Sospiros son que á Babilonia atruenan.

»A mirarnos salian
Los bárbaros paganos,
Y burlando de nuestra dura suerte,
»Palabras nos decian
Los fieros inhumanos
Mucho mas dolorosas que la muerte:
»—Cantadnos de la suerte
Que en Sion la famosa
Cantábades canciones
Con acordados sonos,
Ora en salmos, en himnos, verso ó prosa;
»Templad un instrumento,
Y desplegad la voz al blando viento.—

»Bien es hablar al viento
»Oh gente cruda y fiera!
Pedir á un lastimado alegre cara.
»No da un triste contento,
Mal cantará el que fuera
Mejor que vida y alma le dejara.
»Y pues la suerte avara
Nos trujo á tierra ajena,
¿Cómo podrá la lengua,
Cantar, sin hacer mengua,
Cantares del Señor? ¡Ay dura pena!
»Dejadnos llorar tanto,
Que se acabe la vida con el llanto.»

Muera yo en triste llanto,
Y mi mano me olvide,
Jerusalem, si acaso te olvidare.
Y si alguna vez canto
Lo que el bárbaro pide,
Mientras que de tí ausente me hallare;
Y si jamas callare
Tu gloria y alabanza,
Mi lengua quede helada

SALMO CXXV.

Quando al Señor del cielo
Le plugo levantarnos el destierro,
Se nos volvió en consuelo
La pena, cárcel, grillos y su hierro.
Y tal fué la alegría
Que nos vino tras tanta desventura,
Que, puesto que se via,
Mas nos pareció sueño que soltura.
El rostro señalaba
La risa que nacia del contento,
Y la lengua cantaba,
Desplegando la voz al blando viento.
Quando volver nos vieron
Los que de nuestro mal fueron testigos,
Espantados dijeron:
«Tratado los ha Dios bien como amigos.
»Con gloria, con grandeza,
Con abundantes bienes, con despojos
Los vuelve á tanta alteza,
Cuanto vieron jamás humanos ojos.»
Decis verdad en esto,
Que el inclito Señor nos ha mirado
Con apacible gesto,
Y en contento el dolor nos ha trocado.
Señor, nuestros cautivos
Vuélvelos como arroyo en seca tierra,
Y suple con los vivos
La mengua de los muertos en la guerra.
Como en la ardiente Libia,
Quando el rojo Leon le abraza el suelo,
Si el Labrador la alivia,
Torciéndole del agua el grato hielo;
Así será templada
La fuerza del dolor del cautiverio,
Si por tí es reparada
Volviéndonos á nuestro antiguo imperio.
Y como cuando mueve
El ábrego lluvioso, que desata
De las sierras la nieve,
Y las nubes condensa, aprieta y ata,
Y las revuelve en lluvia,
Hinchendo los rios, las canales,
Y deja el agua turbia
La señal de sus fuerzas desiguales;
Así tal crecimiento
Nos da, Señor, y fuerzas tan pujantes,
Que este contentamiento
A envidia mueva al que á dolor movió antes.
Renueva Dios agora
La salida que hiciste en el desierto
Del pueblo que te adora,
Y acuérdate, Señor, de aquel concierto.
Y así como rompiste
De un peñasco pelado agua copiosa,
Y en la austral tierra diste
Estanques de agua mas que miel sabrosa;
Así en esta salida
De Babilonia acude y nos consueta,
Y da refresco y vida
Al pueblo que en servirse se desvela;
Porque entonces, volviendo
Con el bien que tu mano rica encierra,
Será volver cogiendo
Lo que sembramos yendo en seca tierra.
Cual Labrador que mira
El campo estéril, siembra descontento

Y al paladar pegada,
De tan grave maldad justa vengauza;
Pues mal parecería
Poder tener sin tí bien ni alegría.

Y si bien, si alegría
Algun tiempo tuviere,
De quien Jerusalem no tenga parte,
No goce el claro día,
Y el bien que Dios le diere
Le pierda, y se reparta en otra parte.
Véame de tal arte,
Que el airado enemigo
De mi mal se enterezca
El día que acaezca
Tener sin tí contento. Sey testigo,
Señor, desto que juro;
Porque esté de cumplillo mas seguro.

Fuerte amparo y seguro,
Defensa valerosa
Del alma, que en servirse á tí se emplea
Pues eres nuestro muro,
Vuelve tu poderosa
Mano á aquel que te ama y te desea;
Y mira que Idumea,
Quando el duro enemigo
Los muros derrocaba,
Era la que llamaba
Con voz horrenda al bárbaro su amigo:
«Derrocad los cimientos,
No quede de Sion ni aun fundamentos.»

»Oh, ciudad miserable,
Babilonia sangrienta!
No tengas otro canto mas sabroso;
Y un caso lamentable
Te pague en igual cuenta
Con castigo que al mundo sea famoso.
»Oh felice y dichoso
El que, en venganza fiera
Del mal que nos has hecho,
Pasare pecho á pecho
Tu gente con la espada carnícera,
Tus viejos desdichados,
Para morir mil muertes reservados!

»Oh bienaventurado
Quien tus tiernos hijuelos
De las cuitadas madres arrancare;
Y en alto levantado
El brazo, por los suelos
Sus cerebros en piedras quebrantare;
Y el que no se ablandare
Al llanto y las querellas
De las mas regaladas,
Pasando las espadas
Por las gargantas tiernas, blancas, bellas,
Y el que tus torreados
Muros deje en mil llamas abrasados!

§. XXXIX.

Hé aquí cómo en este salmo se nos pinta la sembrada de lágrimas que hicieron, yendo cautivos, los del pueblo de Dios; veamos agora el regocijo que tuvieron á la vuelta, que fué el fruto de aquella semilla. Dice pues así el salmo:

Su pan, gime y suspira;
Mas, si le acude, coge de uno ciento;
Así los que sembraron
Lágrimas entre espinas y entre abrojos,
Después cuando tornaron
Cogieron de alegría mil manojos.

Hasta aquí es el salmo, donde se descubre el gran fruto que traen las lágrimas al que las derrama. Parece que quiere decir el autor deste salmo que para que el que siembra en secano coja fruto ha menester aguardar buen tempero, cuando la tierra está llovida y bien calada de agua del cielo, entonces hace buen sembrar; pues así los judíos iban regando con lágrimas la tierra donde sembraban sus trabajos y cautiverio, para que naciese bien el fruto del consuelo y vuelta que esperaban. Así, ni mas ni menos, los santos no se hartaban de llorar y derramar lágrimas; porque, como vian que esta tierra maldita de nuestro cuerpo es seca y estéril, y que le habían dicho allá en el paraíso: «Espinas y abrojos te producirá;» pareciales que para hacella fértil y de mucho fruto el remedio mejor era regalla á menudo, como á tierra delgada y flaca, y por eso lloraban tanto. Y por lo mismo dijo nuestro Redentor: «Bienaventurados los que lloran, porque sacarán fruto de consuelo.» ¿Qué otra cosa pensais que son las lágrimas que lloramos, haciendo penitencia, sino una semilla que sembramos, que por cada grano nos han de dar ciento de gloria? No es lágrima que se llora, sino grano de trigo que se siembra. En el capítulo 31 de Jeremías va Dios diciéndoles á los de su pueblo palabras de gran regalo; y habla de cómo los había de volver de la cautividad, adonde por sus pecados los llevaron los enemigos; y dice el Profeta, ó Dios por el Profeta: «Ya mi pueblo me parece bien; ya ha hallado gracia delante de mí; á mole y no le puedo negar, y este mi amor no está prendido con alfileres que se caiga así como quiera, que es perpetuo el amor que le tengo; y así lo he vuelto á mí, apiadándome de velle tan lastimado. Otra vez volveré á reedificar tus muros, vírgen de Israel. Aun bailarás al son de los adufes y panderos, y te hallarás en los coros de las danzas. Mira que yo traeré á mis siervos de allá del setentrion, y los ayuntaré y volveré de los rincones mas apartados de la tierra; las lágrimas que al ir derramaron por el sobrado dolor, al venir las derramarán por la demasiada alegría. Traeréme los yo por las riberas de las aguas, y vendrán camino derecho, no por rodeos, como lo hice con sus padres allá en el desierto; regalallos he, ninguno se me cansará; porque soy padre de Efrain, y mi primogénito es Israel.» Hasta aquí dice Dios. Con cuánta ternera consueta á los que lloraron, con que por ventura las lágrimas de aquellos fueron, no tanto por sus pecados, como por los males que de allí les nacieron. Pues ¿cómo consolará el Señor y cómo enjugará los ojos que lloran porque le ofendieron? No es tesoro este de las lágrimas que se sufra derramar y que no vaya perdido, sino cuando se derrama por pecados. Solo por haber ofendido á Dios se puede y debe llorar. Dios ofendido, ¿quién no llora? ¡Oh

alma, si supieses qué cosa es Dios, y ese ofendido, y qué poca agua tiene el mar para pagar llorando una sola ofensa de Dios! Por menos ocasión que está dice Jeremías: «Hija de mi pueblo, deja las galas y vestidos de fiesta; cúbrete de cilicio y esparce ceniza sobre la cabeza; llora como quien ha perdido un solo hijo, y sea el llanto amargo y doloroso.» Llanto de unigénito quiere Dios que haga su pueblo, por el sentimiento del castigo que le ha de venir. Si una persona principal no tuviese mas de un solo hijo, del cual cuelgan todas sus esperanzas, y que en él y con él se acabase su nombre y casa, y ese le viese ya difunto delante de sus ojos, ¿qué palabras bastarian para consolalle? Qué ejemplos se le podrían traer que fuesen parte para aplacalle su dolor? Un solo hijo, y ese malo, se le murió á David, y tal, que se le rebeló y alzó con el reino, y le persiguió para quitalle la vida, como de hecho se la quitara si Dios, que guardaba al buen viejo de David, no desbaratará el consejo de Aquitofel; y cayendo en la batalla, y alanceándole Joab, y oyéndolo David, fueron tales los extremos que hizo, tantas las lágrimas que derramó, tan dolorosas las palabras y tan tristes las lamentaciones que dijo, que todo el ejército, que venia con la alegría con que suelen volver los vencedores, cuando oyó decir el sentimiento que el Rey mostraba, y las lástimas que hacia por la muerte de un parricida de pensamiento, se turbó y no osó llegar adonde estaba llorando el Rey. Pues malo era, pues otros le quedaban, pues no era digno de tales lágrimas; traidor era á su padre, pecador á Dios, alborotador al reino, condenado por la ley, violador de las divinas, naturales y humanas; y tras todo esto, llorado, tan suspirado, tan lamentado? ¿Qué hiciera si fuera santo y pio para Dios, obediente y humilde para su padre, provechoso y justo para el reino, solo y unigénito para la casa real? Y si el santo rey David no se podia consolar de la muerte de tal monstruo, furia del infierno, infamia de hombres, afrenta de hijos, ¿cómo se consolara si fuera tal que mereciera tal llanto? ¿Quién vió los sentimientos del buen patriarca Jacob cuando oyó la falsa nueva de la fingida muerte del muchacho Josef? Mostráronle la ropa galana que le habia hecho; porque le amaba ternisimamente y traíale muy pulido; tomóla, miróla, vuelve y revuélvela, vela rota, despedazada, bañada de sangre, medio seca y denegrada; conócela, aunque tan mal parada; levántase el santo viejo de la silla, rasga sus vestiduras, comienza á derramar lágrimas y á dar voces, diciendo: «¡Ay de mí, que alguna mala fiera ha devorado á mi hijo Josef! ¡Oh fiera cruel, qué has encerrado en tus entrañas las de mi hijo y las mías, abrasada te vea de mal fuego, que por tí se acabó para mí el contento en esta vida!» Vistióse Jacob de cilicio, derrocóse en tierra, salian dos fuentes de sus ojos, que regaban aquellas venerables canas, y ni su dolor tenia modo ni su llanto tregua, ni su descanso recebia consolacion. Oyéronlo decir sus diez hijos, vinieron todos cargados de luto, los semblantes tristísimos, comienzan á consolarle lo mejor que cada uno sabia; mas el santo viejo no quiso

ni pudo tomar consuelo, pues once hijos le quedaban, nietos, y muchos tenia dellos; no era Josef solo ni el primogénito, y con todo eso, le llora así. Pues no quiere Dios que sea como este el llanto de su pueblo, ni como las *endechas* con que lamentaba David; sino mucho mayor, como de cosa mas cara, como de cosa que tocó mas en lo vivo, mas sentible y mas apreciada; en fin, como de unigénito. Pues considerad agora, hombres, no á Absalon alanceado, no á Josef muerto, no á Tobías ausente ni Jerusalem abrasada; sino vuestra alma en pecado, y que por él está muerta, y que es sola, que no teneis dos, y que la muerte es eterna, el ofendido es Dios, lo que se pierde es el cielo, lo que se gana es un infierno; y ¿qué tal será razon que sea el llanto que ha de bastar á igualar á tantos daños? Si la Vírgen benditísima lloró con tanto dolor la pérdida corporal de solos tres días del niño, ¿cómo se podrá llorar la eterna de Dios y sin esperanza de gozalle jamás, si su misericordia no se pone de por medio? ¡Ah Señor (decía el santo rey David á Dios), que una noche os ofendí, y quedó tan sucio mi lecho, que no hago sino jabonalle cada noche con lágrimas de mis ojos, y nunca acabo de lavarle!» Son las lágrimas una picina turbada, que tiene Dios vinculado en ella su consuelo. Y por esto decia el Señor: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» ¿Qué consolado, qué alegre queda uno cuando ha llorado sus pecados, cuando ha hecho una confesion general! Como uno que ha acabado de pagar sus deudas; ¿qué ligero, qué aliviado se halla, qué carga desecha de sí! «Señor (dice el otro), ¡bendito sea Dios! Que no debo nada á nadie; que me parece que me he quitado un Moncayo de encima.» Así, los que lloran, ¡qué contento tienen, y qué ánimo toman para pedir á Dios y para acabar con él todo cuanto quisieren! Lloraba Esaú á voz en grito porque su hermano Jacob le habia hurtado la bendicion, y porque su padre no le daba á él ninguna. Dícele Isaac: «Ya la he dado á tu hermano, hele fortificado con pan y vino, héchole señor de sus hermanos; pues tras esto, hijo mio, ¿qué te puedo dar á tí?» Fueron tantas las lágrimas, y tanto lo que lloró, y tan grande su importunacion y molestia, que al fin sacó bendicion donde no la habia. Pues si las lágrimas de Esaú movieron á Isaac para que no dejase desconsolado á su hijo, y sacaron lo que parecia imposible, ¿qué os parece que sacarán las lágrimas de un penitente, de un corazon ternisimo, de Cristo herido y alanceado por amor del pecador? Son las lágrimas la moneda con que se pagan y desquitan los pecados; de manera que entre Dios y el hombre hay libro de gasto y recibo. El gasto del pecador son los pecados, y el recibo de Dios son las lágrimas. Y así como para averiguar las cuentas con vuestro tesorero haceis que os trayan delante los libros del gasto y del recibo para ver quién alcanza al otro; así Dios, para ver lo que cada uno paga ó debe, pone delante los pecados que el pecador cometió y las lágrimas que lloró por ellos. «Pusistes, Señor (dice David), nuestras maldades en vuestra presencia.» Y cierto está que por este libro del gasto, con-

denado quedaba el pecador; porque, «¿quién hay que no peque?» dice la Escritura; mas es Dios tan bueno, es tan dulce y tan enemigo de castigarnos, que saca luego el otro libro para ver por allí lo que su majestad ha recibido en desquite de nuestras deudas. Y así, dice en otro salmo: «Pusistes, Señor, mis lágrimas en vuestra presencia.» Como si dijera: Cuando abristes, Señor, el libro donde teniades asentado el gasto de mis pecados, y leistes allí mis muchas maldades, las grandes mercedes que de vuestra santa mano he recibido, y el mal barato que dellas y de cuanta riqueza me habeis entregado he hecho, y que he gastado mal vuestra sangre, tantos sacramentos, tanta palabra divina, tantas buenas inspiraciones, tanto tiempo de espera que me habeis esperado y sufrido; y que de todo esto, y mucho mas que no cuento, he abusado, lo he gastado, lo he perdido y despreciado; cuando vi, Dios mio, que andábades sumando las planas y que multiplicábades las partidas, yo me dí por perdido, y no me quedaba ya que esperar sino solo el infierno. Mas, cuando tras esto os vi abrir el libro de las lágrimas que he llorado por haberos ofendido, y que mirábades aquel *peccavi* que dije en vuestra presencia, y el dolor y penitencia que en medio de mis maldades hice; confieso, Señor, que me parece que resucité como del sepulcro, y reviví mi confianza y extendí la cabeza á ver lo que teniades en los libros, y vi que adrede dejábades caer las lágrimas del recibo sobre la suma del gasto de mis pecados, y que mirábades cómo con las lágrimas que caian se borraban las partidas; y vos, buen Señor, muy contento de aquello, como si fuera interese vuestro lo que solo era provecho mio. ¡Bendito seas, Señor y Padre de infinita misericordia, que tanto quereis mi bien, y tanto lo procurais y lo deseais, de suerte que en alguna manera os mostrais apasionado por mí, y quizá mas que yo mismo! Los ángeles y los espíritus bienaventurados, y todos los del cielo, y cuántas criaturas tiene la tierra, os alaben y bendigan, y engrandezcan vuestra misericordia y os den infinitas gracias, porque sois tan bueno que me perdonais, tan dulce que me llamais, tan piadoso que me sufrís, tan blando que me recebis, tan justo que me santificais, tan rico que me dais un reino, y ese del cielo cuando menos. ¡Oh buen Señor, que no sé cómo os alabe, cómo os engrandezca, ni con qué palabras encarezca vuestra soberana paciencia y vuestra misericordia infinita! Deséalo el alma mia, mas falta en vuestra alabanza; querría ser todo lenguas, mas no tengo sino una; habian de ser de fuego, mas es de carne; yo entiendo poco, mas debo mucho; habia de ser ángel, mas soy hombre, y ese pecador y gran pecador; pues ¿cómo, Señor dulcísimo, podré decir lo que siento ó sentir lo que os debo? No, buen Señor, no puede ser; y el no poder es gloria vuestra, y honra mia que tenga yo un Dios que lo menos que hay en él es lo mas que puede alcanzar el humano pensamiento. Padre piadoso, diez mil talentos os debia aquel miserable que cuenta vuestro santo evangelista Mateo; mandábadeste vender, no cierto (Dios clementísimo) por acaballe, mas por es-

pantalle; comenzó el cuitado á llorar, postróse en tierra, derrocóse á vuestros piés; rogaba, no que le perdonádes, sino solo que le esperádes; no os pedía remision de la deuda, sino dilacion de la paga; debíais pecados y presentáais lágrimas. Y ¿qué hacíades vos entonces, dulce Señor, Dios bonísimo, Dios amabilísimo, qué hacíades viendo aquel pecador que lloraba y os rogaba, y esperaba con miedo vuestra sentencia? ¿Quién viera vuestras piadosas entrañas, que se os entristecian y ablandaban y regalaban al dulce son de las lágrimas con que regaba vuestros sagrados piés! Al fin, Señor, dijístele unas palabras como salidas de tal pecho: «Yo te perdono la deuda.» Dios liberal, Dios maniroto, Dios que en el dar no tienes tasa, pídetle espera, y ¿perdonástele la deuda, y deuda de seis millones? Contentárase aquel miserable con que le esperaras algun tiempo, y no te contentaste tú con menos que remitirle el dinero. Acuérdate, Señor, que, pidiéndole Perilo á Alejandro que le socorriese para casar tres hijas que tenía, le mandó dar cincuenta mil ducados. Parecióle mucho á Perilo, y díjole: «Señor, diez mil me bastan.» Respondióle el generoso Rey: «A tí sí para recibir; mas á mí no para dar.» ¡Oh infinitas veces mas liberal que Alejandro! Y ¿quién podrá ponderar tu liberalidad como debe? ¿Qué tiene, Señor, que hacer su hazaña con la tuya? El dió dineros, tú perdonas pecados; él pocos, tú infinitos; él los sacó de la bolsa, mas tú sacaste mi perdon de tus entrañas. El remedió la miseria de Perilo con dineros ajenos, robados á los persas y de los tesoros de Darío; mas tú remediaste mis pecados con sangre propia, sacada del tesoro de tus venas y cuerpo sacrosanto. Y cuando el pecador, derrocado á tus piés, te dice: *Patientiam habe in me, et omnia reddam Tibi*; entonces le dices tú: Pues *omne debitum dimitto tibi*. Y cuando él te dice: «Señor, con menos me contento, y menos merezco;» entonces tú le respondes: «Tú sí para recibir; pero yo no me contento con menos para dar.» Créolo, Señor, créolo, que la rica y liberal mano tuya jamás supo dar poco; y aun (á decirte la verdad), á no ser esto, todo lo demás era poco para mí, y ni bastara menos para pagarte á tí ni para librarme de la deuda á mí. Pues si tanta fuerza tienen las lágrimas, que la hacen al mismo Dios, María, que debe tanto, bien es que llore tanto; y pues tiene mucho que lavar, bien es que el Señor la deje llorar mucho; que el paño que está muy sucio hase de lavar mucho y estregar mucho y jabonarlo mucho, para que salgan bien las manchas y quede blanco, y pueda servir á la mesa. Pero mira, alma, que si se jabona con agua fria no saldrán las manchas viejas y que están muy incorporadas y empapadas en el paño; así, ni mas ni menos, si llorais friamente vuestros pecados no saldrán las manchas viejas dellos ni quedará el alma limpia; menester es hacer una colada de lejía y echalla hirviendo sobre ellos para que queden limpios. Ardientes han de salir las lágrimas del corazón si han de parecer bien á Dios. Pero ¿cómo saldrán ardiendo si el corazón que las envía está frio? Y ¿cómo no estará frio

si no tiene amor, que es fuego? Abrasadas salían las de María, *Quoniam dilexit multum*; Porque amaba mucho, ardía mucho y por eso lloraba mucho; y como las lágrimas salían encendidas y daban en los piés del Señor, tocóle el fuego y encendióse en el amor del alma de María, y amóla y lavóla y perdonóla; de suerte que ella á él le lavaba los piés con lágrimas; y él á ella el alma con su gracia. Mucho hacia María, pero mas hacia Cristo; hacia mucho ella llorando y lavándole, pero mas hacia Cristo sufriendola y perdonándola. Y todo esto, y mucho mas, hacen las lágrimas. ¿Quién podrá decir sus provechos, sus fuerzas, su valor, lo que alcanzan, lo que acaban con Dios y lo que le agradan al mismo Dios? Mil alabanzas dicen della los santos. Gregorio Nacianceno la llama *bautismo*; porque, así como cuando uno se bautiza se cubre de agua y sale limpio de pecados, así, ni mas ni menos, en estotro bautismo de lágrimas sale perdonado y limpio de sus culpas. Dice san Crisóstomo: «Si fué grande tu caída, sea mayor el aguadicho de tus lágrimas; porque, así como los grandes turbiones y crecientes de los ríos suelen llevar tras sí cuanto rama y broza y pajas hallan cerca, y suelen aposturar y engrasar y fertilizar ó fecundar la tierra por donde pasan; así, ni mas ni menos, la avenida de las lágrimas arrebatá y lleva tras sí toda la broza y basura que halla de nuestros pecados en el alma por donde pasan, y la dejan fértil y engrasada para llevar mucho fruto de buenas obras.» Eusebio Emiseno dice: «Necesario es mucho llanto, muchos gemidos y mucho dolor de corazón si se ha de sanar el mal del corazón.» De manera que, aunque la principal parte de nuestra penitencia es el dolor de haber ofendido á Dios, con todo eso, las lágrimas tienen allí su parte, y muy grande, y hacen allí su personaje, y son la verdadera muestra del dolor que tenemos de nuestros pecados; porque con ninguna otra probamos tan al cierto que nos pesa y que nos dolemos como cuando de veras los lloramos, pues son dignos de llorar; y la ley natural nos dice que los pecados son malos, y que de las cosas mal hechas habemos de correr y arrepentirnos. Y esta misma les dijo esto mismo á los gentiles, que no conocían á Dios ni sabían su ley. Así dijo el otro poeta desterrado:

*Poenitet ó (si quid miserorum creditur ulli),
Poenitet, et factó torqueor ipse meo!
Cumque sit exilium: magis est mihi culpa dolori:
Estque pati poenas, quàm meruisse, minus.*
(Ovidio, de Ponto.)

Que, vuelto en nuestro lenguaje, dice así:

Pésame, y ¡oh! si cosa á un miserable
Se cree, yo lo confieso;
Pésame, y mi verdugo es el exceso
Del mal que cometí, pues de intratable
Rigor ocurre armado al pensamiento,
Y dame tal tormento,
Que el alma, que lo mira,
Teme, llora, se encoge y se retira.

Y aunque es así que peno en mi destierro,
Mas me duele la pena

Que el verme desterrado en tierra ajena,
Cargada la cerviz de grave hierro;
Y el padecer la pena no me es tanto,
Aunque es grave mi llanto,
Que en mucho menos grado
No sienta yo la pena que el pecado.

Y Juvenal dice:

*Evasisse putas, quos diri conscia facti
Mens habet attonitos, et surdo verberare caedit?*

¿Pensas tú que se escapan los que el alma,
Sabidora del hecho abominable,
Atónitos los trae y espantados,
Y con un duro azote los aflige?

Así que, mucho vale la penitencia y mucho valen las lágrimas, pues ablandan la ira y saña de Dios y aun las de los príncipes de la tierra, como lo dijo aquel que después en su caso le salió al revés, pues las suyas no pudieron mover á Augusto para que le alzase el destierro,

*Et lacrymae prosunt, lacrymis adamantamovebis,
Saepe per has flecti principis ira potest.*
(Ovidio.)

Y tal vez el llorar nos aprovecha,
Que las lágrimas mueven á un diamante,
Y por ellas á veces ablandarse
Del Principe se ha visto la aspereza.

Para alcanzar perdon mas valen las lágrimas que las palabras; de lo cual dice san Máximo: «Las lágrimas son ruegos callados, no piden perdon, sino que le merecen;» no proponen la causa, mas alcanzan la misericordia: mas provechosos son los ruegos de las lágrimas que de las palabras, porque las palabras pueden engañar en el ruego, mas no las lágrimas; y es, porque las palabras no todas veces declaran todo el negocio, mas las lágrimas siempre descubren todo el efecto. Y así, san Pedro no usó de palabras, con las cuales había negado, había pecado, había mentido y había blasfemado y perjurado y aun renegado, porque no le dejasen de creer, confesando con las palabras, boca y lengua con que había pecado; mas lloró, y mucho, y con un amargo llanto, y fué harto mas creído llorando que lo había sido prometiendo sobremesa. Son las lágrimas moneda que no se puede falsar, único refugio nuestro; lavan las manchas de nuestros pecados, aplacan la ira de Dios, alcanzan el perdon, alegran el alma, pagan las deudas, ahuyentan los demonios, fortifican la fe, aumentan la esperanza, encienden la caridad, abren los cielos; y finalmente, las lágrimas ungen, ablandan, punzan, mueven y fuerzan. Y como dicen san Gregorio y Juan Climaco: «Son las lágrimas un holocausto grueso, madre de las virtudes, lavatorio de las culpas, mantenimiento del alma y vino de los ángeles.» ¡Oh dulce bebida de las lágrimas, rico don de Dios! Quien no le tiene, pídale, rueguelo, importúnelo; que de sola la mano divina puede venir al alma. Y para moveros á llorar, hombres de guijarro, mirad con atención cuanto lloraron los santos; un san Pedro, un Jerónimo, Fran-

cisco, Nicolás de Tolentino, y otros grandes varones que tenían aradas y arambladas las mejillas, y resuellos y gastados y ciegos los ojos, de lo mucho que lloraban. ¿Quién no llorará si mira que está desterrado en un valle de lágrimas entre cruellísimos enemigos, que ni por un solo momento le dan reposo? Pues ya, si considera que de balde, que sin por qué ha ofendido tantas veces á Dios, y á tal Dios, Dios suyo, padre suyo, criador suyo, y á Cristo, su buen hermano, su redentor, que lo compró, y no con oro ni con plata ni piedras preciosas, que para eso valian poco y eran viles y bajas; mas con su divina y preciosísima sangre, bastante y solo precio de nuestras deudas, y á la santísima Virgen, madre suya y abogada nuestra, y á los santos y santas, y aun á todas las criaturas; porque á todos ofende el que ofende al Señor de todos. Moverse ha á lágrimas también si se considera cómo culpado en innumerables maldades, y que está delante del justísimo y severísimo Juez, desamparado de todo favor, solo, esperando la rigurosa y horrenda sentencia que le dicen: «Vé, maldito, al fuego eterno, en compañía del demonio, á quien serviste;» y que, acabada de promulgar esta sentencia, llegan á ponella en ejecución con voces, con grita, diciendo:

Camina, miserable, date priesa,
A la tiniebla espesa, á llanto, á fuego,
A las furias sin ruego, á las culebras,
A las hermanas negras, mal peinadas,
A las tristes moradas, á tormento,
A dolor sin cuento, á los temblores
De dientes, y á mayores desventuras,
A terribles figuras y espantosas,
A voces dolorosas, horcas, lazos.

Pero de las penas del infierno y á su tiempo, en el libro de *Todos santos*, que saldrá tras deste, digo harto; así, no habrá que pintar aquí aquellos acerbos y vehementísimos tormentos que padecen las almas miserables, condenadas por sus pecados á sufrillos. Y así, dejándolo para allá, volvamos á nuestra Madalena, que se está deshaciendo en llanto á los piés del Señor. Tampoco le habla el Redentor. Calla María y calla Cristo; porque las almas hablando, las lenguas hacen callar. ¡Oh, quien viera ese tu corazón, oh Rey de gloria, al tiempo que aquella pecadora te lavaba tus sagrados piés! ¿Cómo se debían de derretir esas entrañas en regalo y contento, y qué elevado debías de estar oyendo los gemidos de su corazón? ¿Acace que un hombre muy aficionado á música pasa de noche por la calle con otros amigos, oye tañer y cantar divinamente, y quédase con el pié que iba á sentar levantado, por no perder un solo punto de la música, y está tan elevado, que no se le acuerda ni mira qué se van sus compañeros. Dícenle: «Señor, andá, que nos vamos.» ¡Oh, válgame Dios! Callá por vuestra vida, no me estorbeis; que gusto mucho desta música. ¡Oh Redentor de mi alma, y qué amigo eres de música, y qué dulce á tus orejas la que te da un pecador cuando te llama! ¿Cómo te eleva y parece que te saca de tí! Estabas un día en el campo con tus sagrados amigos, comienza á darte mú-

sica una cananea y á cantar aquel *Miserere mei, fili David*; Hijo de David, habed lástima de mí, que mi hija es mal atormentada del demonio. *Ipsa autem non respondit ei verbum*; Tú, Señor, no le respondiste palabra. Duraba la música; dicente tus discípulos: Dejádla, Señor, que *clamat post nos*; que da voces en pos de nosotros; decidle que harto ha cantado. Respondésles tú: «Callad, que me estorbais, y gusto desta música.» Y como cuando en el canto suele callar la una voz; Señor, ¿por qué no canta aquel, pues es cantor? ¡Oh! Es que no entendeis el artificio de la música, aguardad ciertos compases, y él entrará cuando haga mejor consonancia que si agora cantase. Así Cristo, nuestro redentor, no responde á la cananea, aguarda compases de acrecentamiento de fe, y después sale con aquel *O mulier, magna est fides tua*; con un punto que lo pone en el cielo, y dice: «Oh mujer, grandísima es tu fe;» hágase como quierdes. Así hacías aquí, oh buen Jesu; dábate música la Madalena, porque los señores no comen sin ella. Agradábate tanto, que se te olvidó el comer; quedaste con la mano en el plato, suspenso, elevado con la dulzura de la música; y así, por no estorbarla ni quebralle el hilo, no le decías palabra. Pero veamos mas, y oíamos á María, que prosigue en su música. A los piés está, allí se regala, allí halla su descanso, su gloria, y allí está su vida. Canta, hecha una mar de lágrimas, y dice: *In lectulo meo per noctem quaesivi, quem diligit anima mea; quaesivi illum, et non inveni. Surgam, et circuibo civitatem, per vicos et plateas quaeram, quem diligit anima mea; quaesivi illum, et non inveni*; En mi lecho y en la cama de mis contentos, de noche buscaba yo al que ama á mi alma; búsquele, mas no le hallé. ¡Ay ciega de mí, que pensaba yo que en la noche de mis pecados y en el descanso de mis placeres y vicios, allí le había de hallar! Al fin vi mi desengaño, pues fué trabajo perdido. Quiérome levantar, dije yo entonces, y ver si el mi amado anda paseando la ciudad de noche. Dí vuelta por las calles, miré las plazas buscándole, mas tampoco le hallé. Creía yo, mujer perdida, que en los tratos de la ciudad, en la trulla y herrería del mundo, allí estaba, y que por sola mi diligencia y cuidado toparía con él. Y no sabía que el bien de mi alma estaba fuera de todas las criaturas y sobre todas ellas, y que todo es menester dejarlo atrás para hallarle, que se han de pasar los elementos, las plantas, los brutos, los hombres, cielos, ángeles, serafines y todo lo criado para hallar al mi Esposo celestial. Andando yo rondando de noche, topéme con la guarda de la ciudad, dí en manos de la justicia: *Invenierunt me vigiles, qui custodiunt civitatem*; y preguntéles: *Num, quem diligit anima mea, vidistis?* ¿Por ventura habeis visto por aquí al que ama mi alma? Esto preguntaba yo á los veladores que rondaban la ciudad, á los buenos y á los santos que amparaban la república con sus oraciones; *vigiles*, que velan y oran en el silencio de la noche. Decidme vosotras, almas santas, esposas del Cordero, que velais y sabeis hácia dónde anda, si acaso le habeis

visto, ¿adónde le hallaré? Preguntábalo también á las guardas supremas, á los ángeles, de quien dice Dios: *Super muros tuos, Jerusalem, constituit custodes, tota die et nocte non tacebunt laudare nomen Domini*; Sobre tus muros, Jerusalem, he puesto centinelas; no cesarán de guardarte día y noche, y á todas horas alabarán el nombre del Señor. Dijéronme las guardas que era menester pasar mas adelante; y así, entonces, con la ansia de hallarte, dulce Esposo mio, *quae retrò sunt oblitus, ad ea quae ante me sunt curro, ad bravium supernae vocationis Dei in Christo Jesu*; Olvidada de todo lo que atrás queda, pasando las cosas mundanas y á las guardas y á los santos ángeles, comencé á correr con mayor ansia y priesa: *Et paululum cum pertransissem eos, inveni, quem diligit anima mea*; Y en despreciando y no haciendo caudal de los ángeles, y en levantando los deseos sobre los serafines, luego de allí á un poco (porque todo lo sensible es menester sobrepujar) hallé al que ama mi alma; porque, luego sobre la suprema jerarquía está Dios: *Tenui eum, nec dimittam*; Ya, amigo mio, os he hallado, ya os tengo, ya os prometo de no dejaros, porque no os me perdais otra vez. Héme aquí, Rey mio, Esposo mio, bien y descanso mio, ya tengo vuestros piés, dejadme aquí con ellos abrazada, que ya no quiero mas gloria; ténganse los ángeles la suya; que yo esta quiero, esta me basta, con esta me contento, que es tenerte á ti presente, Dios de mi alma. ¡Oh, qué ternuras y regalos pasaban del corazón de María al de Cristo, y del de Cristo al de María!

§. XL.

Entró Dios en el corazón de la Madalena con su gracia, y refrescóle, que se le abrasaba, y levantóse un ábrego, un aire de mediodía, que desata las nubes y las derrite; así María, derretida toda en lágrimas, deshecha en llanto, hizo dos rios de sus ojos. ¡Oh qué horno de amor era esta pecadora, cuyo fuego de amor profano había abrasado y quemado y muerto y hecho carbon muchas almas en el infierno! Horno de Babilonia, lleno de confusion, de pecado, encendido siete veces con todos los siete vicios capitales. Si esta no era horno, si no era Babilonia, ¿cuál quereis que lo sea? *Babylon, Babylon posita est in miraculum*, dice Isaías. ¿Quién vió jamás mayor milagro? Poco antes ardía la Madalena en fuego, agora se resuelve en agua; poco antes adoraba al mundo y su vanidad, ahora la desprecia y se transforma en Dios; poco antes tenía helado el corazón con su infame vida, ahora están quebrados los hielos y despedazada la piedra y corren los rios. Hé aquí el fuego trocado en agua. ¡Oh milagro sobre todo milagro! Babilonia es puesta en milagro, en prodigio, en espanto del mundo. «¿No es esta aquella famosa Babilonia (dijo Nabucodonosor) que yo la he edificado para casa mia real y de estado, y para que se viese la grandeza y la fuerza de mi poder, y para gloria y hermosura del mundo?» No es esta (decía el demonio) aquella famosa Madalena que yo escogí para mi recámara, la que yo de

mi mano fortalecí para con ella conquistar mil almas? No es aquella con cuyos ojos y cabellos y con cuya hermosura ganaba yo grandes triunfos y victorias? Pues ¿quién me podrá sacar de sus muros ni alzar de su corazón? *Babylon posita est mihi in miraculum* (dice Dios); Babilonia es puesta por milagro. Babilonia, mi querida, es la de la mudanza, la del trasiego. Será Babilonia, aquella gloriosa entre los reinos, la inclita en la estimacion de los caldeos, derrocada y puesta por tierra. Veis aquí derrocada y prostrada por el suelo á la torre del homenaje del pecado: María á los piés de Cristo. ¡Oh gran Dios, Señor del cielo y de la tierra, que solo con un torcer las cejas lo gobierna y rige todo, cuyas obras son espanto y maravilla del entendimiento! Entre tantas maravillas y metamorfosis que hizo en el tiempo felice de su pueblo venturoso para mostrar su gran poder, de la mujer de Lot en sal, de la vara de Moisen en serpiente, de los rios de Egipto en sangre, del polvo en moscas, de la agua en ranas, del mar en seco, del soberbio rey en bestia, del día en noche, y de la noche en día, y de otras obras semejantes y estupendas, mira si hizo jamás alguna mayor, alguna mas maravillosa, mas rara que esta, cuando aquel durísimo pedernal, aquella sequísima piedra, el estéril guijarro y ajeno de todo humor, lo trocó en copiosísimo estanque, en anchísimo lago, en venas corrientes de agua viva, y la hizo fuente y mar espacioso. Volvió la piedra seca en estanques de agua, y el peñasco en fuentes de copiosa y dulce bebida. Este es el milagro. «El Señor ha hecho esto, y es maravilloso á nuestros ojos,» dice David; aquel Dios solo, eterno, excelso, infinito, glorioso, inmenso y inmortal; aquel Dios que como sabio dispone el mundo, como justo juzga á los hombres, como poderoso guerra á los malos, como benigno acompaña á los buenos, como piadoso consuela á los afligidos, y como monarca hace cuanto le place en el universo. Aquel Dios solo, digo, que de nada crió las piedras y las aguas, ha trocado la piedra en agua; no criada virtud de naturaleza ni humana industria de arte podia hacer tan maravillosa trasformacion. El solo Dios, que es á quien como prontas esclavas sirven y obedecen la naturaleza y la arte, es el que ha convertido el peñasco en fuente, en fuente de agua: *Quoniam percussit petram, et fluxerunt aquae, et torrentes inundaverunt*; Porque hirió la piedra corrieron las aguas; hirióla Moisen, hirióla Dios. *Percussit virgá bis silicem*; Hirió dos veces la piedra con la vara, con el temor del mal y el amor del bien, con el miedo del infierno y con el deseo del cielo, con el odio del pecado y con la aficion de la virtud; y corrieron las aguas larguissimas tanto, que bebió todo el pueblo y sus bestias. ¡Oh piedra sagrada, primero inmovible y dura, impenetrable y seca, rígida, grave, fria, estéril, infecunda, que mereciste hoy con tan espantosa mudanza ser trocada en agua dulce, amorosa, virtuosa, deleitable, copiosa y llena de gracia! Destas tus aguas beberán los hombres, las bestias; los hombres varoniles, sabios y de conocimiento, y tambien los brutales; los unos perseverando, los otros arrepiñiéndolo-

se: *Quoniam percussit petram*. ¿No os parece que esta pecadora, que de sus ojos, ojos no ya, sino dos fuentes, distila tanta lluvia, que riega los piés de Cristo por dolor, por amor, por devocion, por congoja de la vida pasada, sea aquella piedra resuelta en agua, dura por obstinacion? «Endurecieron su frente mas que piedra,» dice Jeremías; «Endurecerse ha su corazón como guijarro,» dice Job. Seca por crueldad: «Cayó, dice Cristo, la semilla sobre la piedra, nació y secóse, porque le faltó el humor.» Fria por indevocion: «¿Por ventura correrán bien los caballos por lo empedrado?» dice Amós. Pesada por malicia: «¿Por ventura de las peñas mas empuñadas de la cima del Líbano faltará la nieve?» dice Jeremías. Infrutuosas en las buenas obras: «Queden inmovibles como piedras,» dijo Moisen; esto es, no den fruto. ¡Infelice y miserable mujer! que por la poca guarda de la vergüenza mujerial, rompiendo el freno del temor de Dios, habiendo vivido licenciosamente, dejándose llevar de la mocedad, de la belleza, del ocio, de los deleites, fidelísimos pajes de Vénus, de mujer se había trocado en piedra, y á los ánimos castos dañosa, y á los ojos limpios caída y despeñadero; tanto, que encendía el deseo desordenado á amarla con aquel mirar lacivo, y al tal de otra nueva Medusa, de hombres los volvía en piedras. Una de las propiedades de la piedra es que tiene el fuego encerrado en el seno, y no se parece ni lo echais de ver si no heris el pedernal; frio parece, en la mano le tomáis, no os quema; mas ea, tocadlo con un eslabon, saltarán centellas, enciende la yesca, resplandece el fuego, quema la mano; luego fuego había escondido, sino que no se echaba de ver. ¿No os parece que cada mujer profana es un pedernal, que enciende el secreto fuego de la insaciable lujuria y de la torpeza? Fuego que no se apaga con agua, como lo hace esto nuestro natural; con el vinagre, con la amargura y con la aspereza de la penitencia, con esto se apaga el fuego de la lujuria. Las aguas dulces lo encienden, las salobres de las lágrimas lo apagan. Era cosa de ver y digna de espanto, dice Salomon, que cuando castigaba Dios aquel rey porfiado y cabezudo, uno de los tormentos y azotes que le dió fué, que llovió Dios con grandes truenos, que se rasgaban los cielos, corrian arrebataados rayos por medio de las espesas y negras nubes, y se vian los cárdenos fuegos venir por el aire, rodeados de humo, y con un estampido mortal abrian los adarves y derrocaban las torres y daban espantosas muertes á aquellos miserables, sepultándolos en las ruinas de sus propias casas, hallando juntamente muerte y sepultura. Bajaban, á pesar y despecho del curso de naturaleza, y contra su calidad y condicion, mezclados agua y fuego, y el fuego se tenía fuerte contra el agua, su enemiga, y contra su propia virtud, y el agua se olvidaba de la facultad y naturaleza que tiene de apagar; y como conjuradas y confederadas en el daño y mal comun de aquella gente, caian juntas y hechas un cuerpo la llama, la agua y el granizo. Así, ni mas ni menos, las mujeres profanas, las ramera y revolcaderas del infierno, tienen juntos en sí el fuego de la lujuria y las aguas de